

recibido, y aumentándolos con otros nuevos. Recibieron nueva luz y ciencia de todas las naciones y provincias que san Pedro les habia señalado, y conocieron cada uno los naturales, condiciones y costumbres de los reinos que le tocaban; la disposicion de la tierra, y su sitio en el mundo, como si le escribieran interiormente un mapá muy distinto y copioso. Dióles el Altísimo nuevo don de fortaleza para los trabajos; de agilidad para los caminos, aunque en ellos les habian de ayudar muchas veces los santos Ángeles; y en el interior quedaron encendidos como Serafines con la llama del divino amor, elevados sobre la condicion y esfera de la naturaleza.

232. La beatísima Reina de los Ángeles estaba presente á todo esto, y le era patente cuanto el poder divino obraba en los Apóstoles y en ella misma; que de las influencias de la Divinidad participó en esta ocasion mas que todos juntos, porque estaba en grado supereminetísimo á todas las criaturas; y por eso el aumento de sus dones habia de ser proporcionado y transcender á todos los demás sin medida. Renovó el Altísimo en el purísimo espíritu de su Madre la ciencia infusa de todas las criaturas, y en especial de todos los reinos y naciones que á los Apóstoles se les habia dado. Conoció su alteza lo que ellos conocian, y mas que todos, porque tuvo ciencia y noticia individual de todas las personas á quienes en todos los reinos habian de predicar la fe de Cristo; y quedó en esta ciencia tan capaz de todo el orbe y de sus moradores, como respectivamente lo estaba de su oratorio y de los que en él entraban.

233. Esta ciencia era como de suprema Maestra, Madre, Gobernadora y Señora de la Iglesia, que el Todopoderoso habia puesto en sus manos, como arriba se ha dicho <sup>1</sup>, y adelante será forzoso tocarlo muchas veces. Ella habia de cuidar de todos, desde el supremo en santidad hasta el mínimo, y de los miseros pecadores hijos de Eva. Y si ninguno habia de recibir beneficio ó favor alguno de mano del Hijo si no fuese por la de su Madre, necesario era que la fidelísima dispensadora de la gracia conociera á todos los de su familia, de cuya salud habia de cuidar como Madre, y tal Madre. Y no solo tenia la gran Señora especies infusas y ciencia de todo lo que he dicho; pero despues deste conocimiento tenia otro actual cuando los Apóstoles y discipulos andaban predicando; porque se le manifestaban sus trabajos y peligros y las asechanzas del demonio que contra ellos fabricaba; las peticiones y oraciones de todos ellos y de los otros fieles, para socorrerlos ella con las suyas, ó por medio de sus Ángeles, ó

<sup>1</sup> Part. II, n. 1324.

por sí misma; que por todos estos medios lo hacia, como en muchos sucesos veremos adelante <sup>1</sup>.

234. Solo quiero advertir aquí, que á mas de esta ciencia infusa que tenia nuestra Reina de todas las cosas con las especies de cada una, tenia otra noticia de ellas en Dios con la vision abstractiva que continuamente miraba á la Divinidad. Pero entre estos dos modos de ciencia habia una diferencia, que cuando miraba en Dios los trabajos de los Apóstoles y de todos los fieles de la Iglesia, como aquella vision era de tanto gozo, y alguna participacion de la bienaventuranza, no causaba el dolor y compasion sensible como tenia la piadosa Madre, cuando conocia estas tribulaciones en sí mismas; porque en esta vision las sentia y lloraba con maternal compasion. Y para que no la faltase este mérito y perfeccion, la concedió el Altísimo toda esta ciencia por el tiempo que fue viadora. Y junto con esta plenitud de especies y ciencias infusas tenia el dominio de sus potencias (que arriba dije <sup>2</sup>), para no admitir otras especies ó imágenes adquiridas fuera de las que eran necesarias para el uso preciso de la vida, ó para alguna obra de caridad ó perfeccion de las virtudes. Con este adorno y hermosura patente á los Ángeles y Santos era la divina Señora objeto de admiracion y alabanza en que glorificaban al muy alto por el digno empleo de todos sus atributos en María santísima.

235. Hizo en esta ocasion profundísima oracion por la perseverancia y fortaleza de los Apóstoles en la predicacion de todo el mundo. Y el Señor la prometió los guardaria y asistiria, para manifestar en ellos y por ellos la gloria de su nombre, y al fin los premiaria con digna retribucion de sus trabajos y merecimientos. Con esta promesa quedó María santísima llena de júbilo y agradecimiento, y exhortó á los Apóstoles á que le diesen de todo corazon, y saliesen alegres y confiados á la conversion del mundo. Y hablándoles otras muchas palabras de suavidad y vida, puesta de rodillas les dió á todos la enhorabuena de la obediencia que habian mostrado en nombre de su Hijo santísimo; y de su parte les dió las gracias por el celo que manifestaban de la honra del mismo Señor y beneficio de las almas á cuya conversion se sacrificaban. Besó la mano á cada uno de los Apóstoles, ofreciéndoles su intercesion con el Señor, su solicitud para servirlos, y pidióles su bendicion como acostumbraba; y todos como sacerdotes se la dieron.

236. Pocos dias despues que se hizo este repartimiento de las

<sup>1</sup> Infr. n. 318, 324, 339, 367. — <sup>2</sup> Supr. n. 126.



provincias para la predicacion, comenzaron á salir de Jerusalem particularmente los que les tocaba predicar en las provincias de Palestina, y el primero fue Santiago el Mayor. Otros perseveraron mas tiempo en Jerusalem, porque allí queria el Señor que con mayor fuerza y abundancia se predicase primero la fe de su santo nombre, y fuesen los judíos llamados en primer lugar, y traídos á las bodas evangélicas, si querian venir y entrar en ellas: que en este beneficio de la redencion, aquel pueblo fue mas favorecido, aunque fue mas ingrato que los gentiles. Despues fueron saliendo los Apóstoles á los reinos que á cada uno le tocaban <sup>1</sup>, segun lo pedia el tiempo y la sazón, gobernándose en esto por el Espíritu divino, consejo de María santísima y obediencia de san Pedro. Pero cuando se despidieron de Jerusalem, primero fué cada uno á visitar los Santos Lugares, como el huerto, el Calvario, el sagrado sepulcro, el lugar de la ascension, Betania, y los demás que era posible. Y todos los veneraban con admirable reverencia y lágrimas, admirando la tierra que tocó el Señor. Despues iban al cenáculo y le veneraban por los misterios que allí se obraron, y se despedian de la gran Reina del cielo, y de nuevo se encomendaban en su proteccion. Y la beatísima Madre los despedia con palabras dulcísimas y llenas de la virtud divina.

237. Pero fue admirable la solicitud y maternal cuidado de la prudentísima Señora para despedir á los Apóstoles como verdadera Madre á sus hijos. Porque en primer lugar hizo para cada uno de los doce una túnica tejida, semejante á la de Cristo nuestro Salvador, del color entre morado y ceniza; y para hacerlas se valió del ministerio de sus santos Ángeles. Y con esta atencion envió á los Apóstoles vestidos sin diferencia, y con igualdad uniforme entre sí mismos con su Maestro Jesús: porque aun en el hábito exterior quiso le imitasen y fuesen conocidos por discípulos suyos. Hizo juntamente la gran Señora doce cruces con sus cañas ó astas de altura de las personas de los Apóstoles, y dió á cada uno la suya para que en su peregrinacion y predicacion la llevase consigo, así en testimonio de lo que predicaban, como para consuelo espiritual de sus trabajos. Y todos los Apóstoles guardaron y llevaron aquellas cruces hasta su muerte. Y de lo mucho que alababan la cruz tomaron ocasion algunos tiranos para martirizar en la misma cruz á los que dichosamente murieron en ella.

238. Á mas de todo esto dió la piadosa Madre á cada uno de los

<sup>1</sup> Act. xiii, 46.

doce Apóstoles una cajilla pequeña de metal que hizo para este intento, y en cada una puso tres espinas de la corona de su Hijo santísimo, y algunas partes de los paños en que envolvió al Señor cuando era niño, y otros de los que limpió y recibió su preciosísima sangre en la circuncision y pasion. Todas estas sagradas prendas tenia guardadas con suma devocion y veneracion, como madre y depositaria de los tesoros del cielo. Y para dárselas á los doce Apóstoles, los llamó juntos; y con majestad de Reina, y agrado de dulcísima Madre les habló, y dijo que aquellas prendas que á cada uno entregaba era el mayor tesoro que tenia para enriquecerlos y despedirlos á sus peregrinaciones; que en ellas llevarian la memoria viva de su Hijo santísimo, y el testimonio cierto de lo que el mismo Señor los amaba, como á hijos y ministros del Altísimo. Con esto se las entregó y las recibieron con lágrimas de veneracion y júbilo; y agradecieron á la gran Reina estos favores, y se postraron ante ella adorando aquellas sagradas reliquias; y abrazándose unos á otros se dieron la enhorabuena, y se despidió el primero Santiago, que fue quien comenzó estas misiones.

239. Pero segun lo que se me ha dado á entender, no solo predicaron los Apóstoles en las provincias que por entonces les repartió san Pedro, mas en otras muchas vecinas de aquellas y mas remotas. Y no es dificultoso de entender esto; porque muchas veces eran llevados de unas partes á otras por ministerio de los Ángeles, y esto no solo para predicar; sino tambien para consultarse unos á otros, especialmente con el vicario de Cristo, san Pedro, y mucho mas á la presencia de María santísima, de cuyo favor y consejo tuvieron necesidad en la dificultosa empresa de plantar la fe en reinos tan diversos y naciones tan bárbaras. Y si para dar de comer á Daniel llevó el Ángel á Babilonia al profeta Habacuc <sup>1</sup>; no es maravilla que se hiciera este milagro con los Apóstoles, llevándolos á donde era necesario predicar á Cristo, dar noticia de la Divinidad, y plantar la Iglesia universal para remedio de todo el linaje humano. Arriba <sup>2</sup> hice mencion de como el Ángel de el Señor, que llevó á Filipo, el discípulo de los setenta y dos, desde el camino de Gaza le puso en Azoto, como lo cuenta san Lucas <sup>3</sup>. Y todas estas maravillas, y otras innumerables que ignoramos, fueron convenientes para enviar á unos pobres hombres á tantos reinos, provincias y naciones poseídas del demonio, llenas de idolatrías, errores y abominaciones, cual estaba todo el mundo cuando vino á redimirle el Verbo humanado.

<sup>1</sup> Dan. xiv, 35. — <sup>2</sup> Supr. n. 208. — <sup>3</sup> Act. viii, 40.



*Doctrina que me dió la Reina de los Ángeles.*

240. Hija mia, la doctrina que te doy en este capítulo es mandarte y convidarte para que con íntimos suspiros y gemidos de tu alma, y con lágrimas de sangre, si puedes alcanzarlas, llores amargamente la diferencia que tiene la santa Iglesia en el estado presente del que tuvo en sus principios; como se ha oscurecido el oro purísimo de la santidad, y se ha mudado el color sano <sup>1</sup>, perdiendo aquella antigua hermosura en que la fundaron los Apóstoles, y buscando otros afeites y colores peregrinos y engañosos para cubrir la fealdad y confusion de los vicios, que tan infelizmente la tienen oscurecida y llena de formidable horror. Para que penetres esta verdad desde su principio y fundamento, conviene que renueves en tí misma la luz que has recibido para conocer la fuerza y peso con que la Divinidad se inclina á comunicar su bondad y perfecciones á sus criaturas. Es tan vehemente el ímpetu del sumo Bien para derramar su corriente en las almas, que solo puede impedirle la voluntad humana, que le ha de recibir por el libre albedrío que le dió para esto; y cuando con él resiste á la inclinacion y influencias de la Bondad infinita, la tiene (á tu modo de entender) violentada, y con tristado su amor inmenso en su liberalísima condicion. Pero si las criaturas no le impidieran, y dejaran obrar con su eficacia, á todas las almas inundara y llenara de la participacion de su ser divino y atributos. Levantara de el polvo á los caidos, enriqueciera á los pobres hijos de Adán, y de sus miserias los elevara, y asentara con los principes de su gloria <sup>2</sup>.

241. De aquí entenderás, hija mia, dos cosas que la humana sabiduría ignora. La una, el agrado y servicio que le hacen al sumo Bien aquellas almas que con ardiente celo de su gloria, y con su trabajo y solicitud ayudan á quitar de otras almas este óbice que con sus culpas han puesto para que no las justifique el Señor, y las comunique tantos bienes como de su bondad inmensa pueden participar, y el Altísimo desea obrar en ellas. La complacencia que recibe su Majestad en que le ayuden en esta obra no se puede conocer en vida mortal. Por esto es tan alto y engrandecido el ministerio de los Apóstoles, de los prelados, ministros y predicadores de la divina palabra, que en este oficio suceden á los que plantaron la Iglesia, y trabajan en su amplificacion y conservacion; porque todos deben

<sup>1</sup> Thren. iv, 1. — <sup>2</sup> I Reg. ii, 8.

ser cooperadores y ejecutores del amor inmenso que Dios tiene á las almas, que crió para participes de su divinidad. La segunda cosa que debes ponderar es, la grandeza y abundancia de los dones y favores que comunicará el poder infinito á las almas que no le ponen impedimento á su liberalísima bondad. Manifestó luego el Señor esta verdad en los principios de la Iglesia evangélica, para que á los fieles que habian de entrar en ella les quedase testificada en tantos prodigios y maravillas como hizo con los primeros, bajando el Espíritu Santo en visibles señales sobre ellos tan frecuentemente, y con los milagros que has escrito obraban los creyentes con el Credo, y otros favores ocultos que recibian de la mano del muy alto.

242. Pero en quien resplandeció mas su bondad y omnipotencia fue en los Apóstoles y discipulos, porque en ellos no hubo impedimento ni óbice para la voluntad eterna y santa, y fueron verdaderos instrumentos y ejecutores de el amor divino; imitadores y sucesores de Cristo, y seguidores de su verdad; y por esto fueron levantados á una participacion inefable de los atributos del mismo Dios, en particular de la ciencia, santidad y omnipotencia con que obraban para sí y para las almas tantas maravillas, que nunca los mortales los pueden dignamente engrandecer. Despues de los Apóstoles nacieron en su lugar otros hijos de la Iglesia <sup>1</sup>, en quienes de generacion en generacion se fué transfundiendo esta divina sabiduría y sus efectos. Y dejando ahora los innumerables mártires que derramaron su sangre y vidas por la santa fe, considera los patriarcas de las religiones, los grandes Santos que en ellas han florecido, los doctores, obispos, prelados y varones apostólicos en quienes tanto se ha manifestado la bondad y omnipotencia de la Divinidad, para que los demás no tuviesen disculpa, si en ellos, que son ministros de la salud de las almas, y en todos los demás fieles no hacia Dios las maravillas y favores que hizo en los primeros, y ha continuado en los que halla idóneos para hacerlas.

243. Y para que sea mayor la confusion de los malos ministros que hoy tiene la santa Iglesia, quiero que entiendas como en la voluntad eterna con que determinó el Altísimo comunicar sus tesoros infinitos á las almas, en primer lugar los encaminó inmediatamente á los prelados, sacerdotes, predicadores y dispensadores de su divina palabra, para que en cuanto era de parte de la voluntad del Señor todos fuesen de santidad y perfeccion de Ángeles mas que de hombres, y gozasen de muchos privilegios y exenciones de natura-

<sup>1</sup> Psalm. XLIV, 17.



leza y gracia entre los demás vivientes; y con estos singulares beneficios se hiciesen idóneos ministros del Altísimo, si ellos no pervertían el orden de su infinita sabiduría, y si correspondían á la dignidad para que eran llamados y elegidos entre todos. Esta piedad inmensa, la misma es ahora que en la primitiva Iglesia; la inclinación del sumo Bien á enriquecer las almas no se ha mudado, ni esto es posible; su liberal dignación no se ha disminuido; el amor á su Iglesia siempre está en su punto; la misericordia mira á las miserias, y estas hoy son sin medida; el clamor de las ovejas de Cristo llega á lo sumo que puede; los prelados, sacerdotes y ministros nunca llegaron á tanto número. Pues si todo esto es así, ¿á quién se ha de atribuir la perdición de tantas almas, y la ruina del pueblo cristiano, y que hoy no solo no vengan los infieles á la santa Iglesia, sino la tengan tan afligida y llena de tristeza? Que los prelados y ministros no resplandezcan, ni Cristo en ellos como en los pasados siglos y la primitiva Iglesia?

244. Ó hija mía, para que muevas tu llanto sobre esta perdición te convido. Considera las piedras del santuario derramadas en las plazas de las ciudades <sup>1</sup>. Atiende como los sacerdotes de el Señor se han hecho semejantes al pueblo <sup>2</sup>, cuando debían hacer al pueblo santo, y semejante á sí mismos. La dignidad sacerdotal y sus vestiduras ricas y preciosas de las virtudes están manchadas con el contagio de los mundanos; los ungidos del Señor, y consagrados para solo su trato y culto, se han degradado de su nobleza y deidad; perdieron su decoro por abatirse á las acciones viles, indignas de su levantada excelencia entre los hombres. Afectan la vanidad; siguen la codicia y avaricia; sirven al interés; aman al dinero; ponen su esperanza en los tesoros del oro y de la plata; sujétanse á la lisonja y obsequio de los mundanos y poderosos; y lo que mas es, á la bajeza de las mismas mujeres: y tal vez se hacen participantes de las juntas y consejos de maldad. Apenas hay oveja del rebaño de Cristo que conozca en ellos la voz de su pastor, ni halla el alimento y pasto saludable de la virtud y santidad de que debían ser maestros. Piden el pan los párvulos, y no hay quien se les distribuya <sup>3</sup>. Y cuando se hace por el interés ó por solo cumplimiento, si la mano está leprosa, ¿cómo dará saludable alimento al necesitado y enfermo? Y ¿cómo el soberano Médico fiará de ella la medicina en que consiste la vida? Si los que han de ser intercesores y medianeros se

<sup>1</sup> Thren. iv, 1. — <sup>2</sup> Isai xxiv, 2.

<sup>3</sup> Thren. iv, 4.

hallan reos de mayores culpas, ¿cómo alcanzarán misericordia para los culpados con otras menores ó semejantes?

245. Estas son las causas (\*) por que los prelados y sacerdotes de estos tiempos no hacen las maravillas que hicieron los Apóstoles y los discípulos de la primitiva Iglesia, y los demás que imitaron su vida con ardiente celo de la honra del Señor y conversión de las almas. Por esto no se logran los tesoros de la muerte y sangre de Cristo que dejó en la Iglesia, así en sus sacerdotes y ministros como en los demás mortales; porque si ellos mismos los desprecian y olvidan para aprovecharlos en sí, ¿cómo los repartirán á los demás hijos de esta familia? Por esto no se convierten ahora como entonces los infieles al conocimiento de la verdadera fe, aunque viven á la vista de los príncipes eclesiásticos, ministros y predicadores del Evangelio. Enriquecida está la Iglesia ahora mas que nunca de bienes temporales, de rentas y posesiones; llena está de hombres doctos con ciencia adquirida; de grandes prelacías y dignidades abundantes; y como todos estos beneficios se deben á la sangre de Cristo, todo se debia convertir en su obsequio y servicio, empleándose en convertir las almas, y sustentarle sus pobres, y el sagrado culto y veneración de su santo nombre.

246. Si esto se hace así, díganlo los cautivos que se redimen con las rentas de las iglesias; los infieles que se convierten, las herejías que se extirpan, y qué tanto es lo que en esto se emplea de los tesoros eclesiásticos; y tambien lo dirán los palacios que con ellos se han fabricado; los mayorazgos que se han fundado; las torres de viento que se han levantado; y lo que es mas lamentable, los empleos profanos y torpísimos en que muchos los consumen, deshonorando al sumo sacerdote Cristo, y viviendo tan léjos y distantes de su imitación y de los Apóstoles á quien sucedieron, como viven alejados del mismo Señor los hombres mas profanos del mundo. Y si la predicación de los ministros de la divina palabra está muerta, y sin virtud para vivificar á los oyentes, no tienen la culpa la verdad y la doctrina de las sagradas Escrituras; pero tiénela el mal uso de ella, por la torcida intención de los ministros. Truecan el fin de la gloria de Cristo en su propia honra y estimación vana; el bien espiritual en el bajo interés del estipendio; y como se consigán estas dos cosas, no cuidan de otro fruto de la predicación. Y para esto quitan á la doctrina sana y santa la sinceridad y pureza (y aun tal vez la verdad) con que la escribieron los autores sagrados, y la explicaron los doc-

(\*) Véase la nota VIII.



tores santos; redúcenla á subtilezas de ingenio propio, que causen mas admiracion y gusto que provecho de los oyentes. Y como llega tan adulterada á los oidos de los pecadores, reconócenla por doctrina del ingenio del predicador, mas que de la caridad de Cristo; y así no lleva virtud ni eficacia para penetrar los corazones, aunque lleva artificio para deleitar las orejas.

247. En este castigo de estas vanidades y abusiones, y de otras que no ignora el mundo, no te admires, carísima, que la Justicia divina haya desamparado tanto á los prelados, ministros y predicadores de su palabra, y que la Iglesia católica tenga ahora tan abatido estado, habiéndole tenido tan alto en sus principios. Y si algunos de los sacerdotes y ministros no están comprendidos en estos vicios tan lamentables, esto debe mas la Iglesia á mi Hijo santísimo en tiempo que tan ofendido y desobligado se halla de todos. Con estos buenos es liberalísimo; mas son muy contados, como lo testifica la ruina del pueblo cristiano, y el desprecio á que han llegado los sacerdotes y predicadores del Evangelio; porque si fueran muchos los perfectos y celadores de las almas, sin duda se reformaran y enmendaran los pecadores, se convirtieran muchos infieles, y todos miraran y oyeran con veneracion y temor santo á los predicadores, sacerdotes y prelados, y los respetaran por su dignidad y santidad, y no por la autoridad y fausto con que granjean esta reverencia, que mas se ha de llamar aplauso mundano y sin provecho. Y no te encojas ni acobardes por haber escrito todo eso, que ellos mismos saben es verdad, y tú no lo escribes por tu voluntad sino por mi obediencia, para que lo llores, y convides al cielo y á la tierra te ayuden en este llanto; porque hay pocos que le tengan, y esta es la mayor injuria que recibe el Señor de todos los hijos de su Iglesia.

## NOTAS

### Á ESTA TERCERA PARTE.

#### NOTA I.

TEXTO. *En este breve espacio descendió Cristo nuestro Salvador en persona á visitarla y llenarla de nuevos dones. (Núm. 43).*

#### § Único.

Que Cristo Señor nuestro bajase de los cielos á visitar á su santísima Madre no es favor tan particular que deba extrañarle alguno, pues se halla concedido á otros. San Pablo lo testifica de sí, *1 ad Corinth. xv: Novissime autem tanquam abortivo visus est mihi*, que fue cuando yendo á Damasco se le apareció el Señor en el camino, y dando en tierra con él le levantó á la eminencia de su apostolado, como dicen san Crisóstomo, Orígenes, Hugo cardenal, Dionisio Cartujano, y otros á quien cita y sigue Lorino, *in Act. Apostol.*, IX, 3. Y que esta vision que menciona el Apóstol no fuese imaginaria ni aparente, sino verdadera y corporal, se convence por dos razones. La una, porque á ser aparente, no pudiera ser firme testimonio de la resurreccion de Cristo, como advierte santo Tomás en la *5 part.*, q. 57, art. 6 *ad tertium*, que es el fin porque la menciona. La otra, porque san Pablo dice que se le apareció á él Cristo como á los demás Apóstoles despues de su resurreccion; y es de fe que estas apariciones fueron verdaderas en la real y circunscriptiva presencia de Cristo.

Al apóstol san Pedro se apareció de el mismo modo, cuando huyendo el martirio se salió de Roma, como dicen san Ambrosio, *epist. 32 Contra Auxentium*, san Atanasio, *Apologia de fuga*, Orígenes, *tract. 21, in Joan.*, Egesipo, *de excidio Hierosolimitano*, cap. 2, Abdías, *lib. 1 historiae in vita divi Petri*. Lo mismo dice de san Carpo Dionisio Areopagita, *epist. 8 ad Demophilium*, de santa Tarsilia, san Gregorio, *lib. dialog.*, c. 16, de san Antonio Abad, san Atanasio en su vida, de san Martin, Severo Sulpicio, de san Victor, Paulino, *epist. 34 ad Macharium*. Que bajó Cristo corporalmente á imprimir las llagas á nuestro Padre san Francisco, lo afirma san Buenaventura, san Bernardino, Roberto Licio, Peluarta, y otros muchos que recogen Daza y Salvador Vital. Que bajase de los cielos á la tierra para acompañar el glorioso triunfo de su Madre en el dia de su Asuncion, es sentir comunísimo referido de san Damasceno, *orat. 1 et 2 de dormitione Virginis*, de Somphr., *serm. de Assumpt.*, de san Anselmo, *de excellentia Virginis*, cap. 8, de san Antonino, *1 part. historiae*, tit. 6, cap. § 1. Véase Canisio, *lib. 3 Deiparae*, cap. 3.

*Unus est (dice Arnobio, 1 contra gentes) qui post mortem, et resurrectionem se prompta in luce detexit: qui justissimis viris etiam tunc impollutis, ac dili-*